

EL MINERO DE ALMAGRERA.

REVISTA GENERAL DE MINERIA.

DIRECTOR: D. ANTONIO BERNABÉ Y LENTISCO.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En toda España trimestre 6 rs.
Ultramar semestre 24 rs.
Extranjero id. 30.

Se suscribe en Cuevas en la Administración á cargo de
D. ANTONIO BRAVO PASCUAL,
Plaza de la Constitución, y fuera remitiendo al mismo el
importe en sellos de franqueo por carta certificada.

Se publica los días
1—8—16 y 24 de cada mes.
Anuncios y comunicados á
precios convencionales.

CARTAS DE UN MINERO.

I.º

Supondrá V., amigo mio, que he-
ché en el saco del olvido mi formal
promesa de darle cuenta detallada de
las diferentes visitas que me pro-
pongo hacer á los varios puntos
mineros de esta jurisdiccion afortu-
nada, y no hay tal. Mi silencio lo
motiva la escasez de noticias que po-
dia comunicarle, circunstancia muy
natural al principio de cada varada.

Sin embargo; para satisfacer su
natural deseo y á la vez la curiosi-
dad de los suscritores á EL MINERO
DE ALMAGRERA, empezaré mis corres-
pondencias relatandole mi primera
escursion.

Encajonado con otros varios viaje-
ros en una colosal galera, que podrá
ser muy cómoda, pero que mis huesos
no lo atestiguan, despues de sufrir
proximamente dos horas de sendos
batacazos, gracias al *buen camino*
que tube que recorrer y á las
condiciones del vehiculo, llegué á
este foco de inmensa riqueza, cono-
cido con el titulo de « *Llano de las
Herrerias de Cuevas,* » en el que,
como V. sabe, por todas partes pisa
el viajero sobre tierras mezcladas
con hierro, plomo ó plata: en donde
se nota un febril movimiento de gen-
tes, caballerias y carruajes que en-
canta al hombre amante del trabajo
y de la industria: en donde goza la
vista con el hermoso panorama que
á su alrededor se descubre, pues
tiene á sus pies los fértiles pagos del
Nati, Candongo y Muleria, en los
que quieren ribalizar en altura, ver-
dor y lozania las copudas matas de
maiz, con las frondosas higueras y
demas arboles frutales que en aque-

llos campos forman caprichosos y
variados bosquecillos: á su frente, el
anchuroso cauce del rio Almanzora
y los risueños parajes de las Cunas,
Nati, Dirá y Bombardas, salpicados
de agrestes y bellos caserios: á su
lado la renombrada sierra Almagre-
ra, azulado gigante cuyo corazon es-
tá formado de ricos é inagotables
minerales: alla, el antiguo lugar don-
de, segun los datos mas veridicos y
descubrimientos hechos en los últi-
mos años, tubo asiento la gran ciu-
dad romana Urci, bañada hoy en
parte por el Mediterráneo, que ma-
nifiesta sus ondas azuladas salpica-
das de nevada espuma y que deja
oir en dias de tormenta los roncós
ecos de su canto aterrador; y á lo
lejos, por un lado, la antigua ciudad
de Vera y por otro, Cuevas, centro y
metrópoli de este distrito minero y
fabril.

Llegué, pues, á *Las Herrerias*, y
como solo encontré unos incómodos
bentorrillos que pudieran darme po-
sada, pedí alojamiento al administra-
dor de la mina X que amablemente
me lo concedió, por lo que, desde
aquí le envío, la espresion de mi
profundo agradecimiento.

No hacía media hora que me en-
contraba instalado, cuando á la puer-
ta de mi habitacion aparecieron tres
personas. Dos extranjeros y un an-
tiguo amigo mio, que les servia de
cicerone. Aquellos eran ingleses. El
uno *chapurreeaba casi bien* el caste-
llano: el otro lo hablaba tan perfec-
tamente como yo el inglés, de cuyo
idioma no se pronunciar una frase.

Enterado por mi amigo de que
aquellos forasteros se proponian re-
correr la mayor parte de las minas,
visitando las profundidades de algu-
nas, conocer las clases y forma de

trabajos que en ellas se practican, y
las costumbres de los operarios, en
cuyos propósitos coincidian conmigo,
despues de los cumplimientos de or-
denanza, indispensables cuando se
trata con los ceremoniosos hijos de
la altiva Albion, empuñé mi baston
de viaje, y emprendí mi correria
con aquella trinidad.

Lo primero que llamó la atencion
de los ingleses, como á mi me la ha
llamado siempre, fue ver las cabezas
de varios trabajadores que asoma-
ban por unas especies de nichos
abiertos en las laderas de los bar-
rancos. Mi amigo les dijo que allí
habitaban los operarios mineros. De-
searon examinar aquellos cuchiba-
ches y aproximandonos á ellos, no-
tamos en los semblantes de los in-
gleses el asombro que tales habita-
ciones les producian. Y no es el ca-
so para menos. Muchos de mis lec-
tores conocen estas viviendas, pero
como escribo para el público en ge-
neral, creo conveniente señalar sus
dimensiones. Las mas capaces tienen
de elevacion vara y media, de largas
dos, y de anchura dos y media. En
estas inmundas cloacas reparan sus
fuerzas en las horas destinadas al
descanso uno, dos ó tres camaradas.
Inutil es decir que allí solo pueden
estar tendidos ó sentados.

Los flemáticos ingleses abrieron
sus carteras, escribieron en ellas, y he
aquí lo que uno de ellos me dijo ha-
bia anotado. « Los trabajadores de
las *Herrerias* habitan en nichos co-
mo los destinados en los cemente-
rios á sepultar los difuntos. En
esas pocilgas, el aire que se res-
pira es impuro, despiden fetidez y
las mas asquerosas alimañas po-
lulan por todas partes. »

La traduccion de esta nota hi-